

THOMAS MANN

LA MONTAÑA MÁGICA

Traducción de Isabel Gracia Adánez



Intenciones del autor

Queremos contar la historia de Hans Castorp, no por él mismo (pues el lector ya llegará a conocerle y verá que es un joven sencillo aunque simpático), sino porque su historia, por ella misma, nos parece muy digna de ser contada (aunque en favor del muchacho recordaremos que ésta es su historia, su peripecia, y que no cualquier historia le ocurre a cualquiera). Esta historia se remonta a un tiempo muy lejano; por así decirlo, ya está completamente cubierta de una preciosa pátina, y, por lo tanto, es necesario contarla bajo la forma del pasado más remoto.

Esto, en principio, no es un inconveniente sino más bien una ventaja, pues para contar una historia es necesario que haya pasado; y podemos decir que, cuanto más tiempo hace que pasó, más adecuada resulta para ser contada y para el narrador, esa voz que, murmurando, evoca lo que érase una vez sucedió. Sin embargo, ocurre con ella lo mismo que ocurre hoy en día con los hombres, y por supuesto también con los narradores de historias: es mucho más antigua que la edad que tiene; es más, su edad no puede medirse por días, como tampoco el tiempo que pesa sobre ella puede medirse por las veces que la Tierra ha girado alrededor del Sol desde entonces. En una palabra, en realidad no debe su grado de antigüedad al tiempo; y ésta es una observación que pretende aludir y señalar la extraña dualidad natural de este elemento.

Pero para no oscurecer artificialmente una situación que de por sí está clara, debemos señalar que la extrema antigüedad de nuestra historia se debe a que se desarrolla antes del gran vuelco, del gran cambio que hizo tambalearse hasta los cimientos de nuestra vida y de nuestra conciencia... Se desarrolla —o, para evitar sistemáticamente

te el presente: se desarrolló— en otro tiempo, en el pasado, antaño, en el mundo anterior a la Gran Guerra, con cuyo estallido comenzaron muchas cosas que, en el fondo, todavía no han dejado de comenzar. Esta historia se desarrolla, como decimos, antes de todo eso, aunque quizá no mucho antes. Pero, ¿acaso no es tanto más profundo y más perfecto el carácter legendario de una historia cuanto más cerca del «antaño» se desarrolla? Además, también podría ser que esta nuestra historia, por su propia naturaleza, incluso tuviera ciertas cosas en común con los cuentos.

La contaremos en detalle, exacta y minuciosamente; pues ¿cuánto ha dependido lo amena o lo larga que se nos hiciera una historia del tiempo que requiere contarla? Al contrario, sin temor al reproche de haber sido meticulosos en exceso, nos inclinamos a pensar que sólo es verdaderamente ameno lo que ha sido narrado con absoluta meticulosidad.

Así pues, el narrador no podrá terminar la historia de Hans Castorp en un abrir y cerrar de ojos. Los siete días de una semana no serán suficientes, y tampoco le bastarán siete meses. Lo mejor será que no se pregunte de antemano cuánto tiempo transcurrirá sobre la Tierra mientras la historia le mantiene aprisionado en su red. ¡Dios mío, tal vez sean incluso más de siete años!

Y, dicho esto, comencemos.

Capítulo Primero

LA LLEGADA

Un modesto joven se dirigía en pleno verano desde Hamburgo, su ciudad natal, a Davos Platz, en el cantón de los Grisones. Iba allí a hacer una visita de tres semanas.

Pero desde Hamburgo hasta aquellas alturas, el viaje es largo; demasiado largo, en verdad, con relación a la brevedad de la estancia proyectada. Se pasa por diferentes comarcas, subiendo y bajando desde lo alto de la meseta de la Alemania meridional hasta la ribera del mar suabo, y luego, en buque, sobre las olas saltarinas, por encima de abismos que en otro tiempo se consideraban insondables.

Pero el viaje, que durante tanto tiempo transcurre con facilidad y en línea recta, comienza de pronto a complicarse. Hay paradas y contratiempos. En Rorschach, en territorio suizo, se vuelve a tomar el ferrocarril; pero sólo se consigue llegar hasta Landquart, pequeña estación alpina donde hay que cambiar de tren. Es un tren de vía estrecha, que obliga a una espera prolongada a la intemperie, en una comarca bastante desprovista de encantos; y desde el instante en que la máquina, pequeña pero obviamente de una tracción excepcional, se pone en movimiento, comienza la parte realmente arriesgada del viaje, iniciando una subida brusca y ardua que parece no ha de tener fin. Pues Landquart aún se halla situado a una altura relativamente moderada; aquí comienza el verdadero ascenso a la alta montaña, por un camino pedregoso salvaje y amenazador.

Hans Castorp —éste es el nombre del joven— se encontraba solo, con su maletín de piel de cocodrilo, regalo de su

tío y tutor, el cónsul Tienappel —para llamar por su nombre ya también a éste—, su capa de invierno, que se balanceaba colgada de un gancho, y su manta de viaje enrollada, en un pequeño departamento tapizado de gris. Estaba sentado junto a la ventanilla abierta y, como en aquella tarde el frío era cada vez más intenso, y él era un joven delicado y consentido, se había subido el cuello de su sobretodo de verano, de corte amplio y forrado de seda, según la moda. Junto a él, sobre el asiento, reposaba un libro encuadernado, titulado: *Ocean Steamships*, que había abierto de vez en cuando al principio del viaje; ahora, en cambio, estaba ahí abandonado, y el resuello anhelante de la locomotora salpicaba su cubierta de motitas de carbón.

Dos jornadas de viaje alejan al hombre —y con mucha más razón al joven cuyas débiles raíces no han profundizado aún en la existencia— de su universo cotidiano, de todo lo que él consideraba sus deberes, intereses, preocupaciones y esperanzas; le alejan infinitamente más de lo que pudo imaginar en el coche que le conducía a la estación. El espacio que, girando y huyendo, se interpone entre él y su punto de procedencia, desarrolla fuerzas que se cree reservadas al tiempo. Hora tras hora, el espacio crea transformaciones interiores muy semejantes a las que provoca el tiempo, pero que, de alguna manera, superan a éstas.

Al igual que el tiempo, el espacio trae consigo el olvido; aunque lo hace desprendiendo a la persona humana de sus contingencias para transportarla a un estado de libertad originaria; incluso del pedante y el burgués hace, de un solo golpe, una especie de vagabundo. El tiempo, según dicen, es Lete, el olvido; pero también el aire de la distancia es un bebedizo semejante, y si bien su efecto es menos radical, cierto es que es mucho más rápido.

Así habría de experimentarlo Hans Castorp. No tenía la intención de tomar este viaje particularmente en serio, de dejar que afectase a su vida interior. Más bien pensaba reali-

zarlo rápidamente, hacerlo porque era preciso, regresar a su casa siendo el mismo que había partido y reanudar su vida exactamente en el mismo punto en que había tenido que abandonarla por un instante. Ayer aún estaba absorbido por completo por el curso ordinario de sus pensamientos, ocupado en el pasado más reciente su examen, y en el porvenir inmediato: el comienzo de sus prácticas en la empresa Tunder & Wilms (astilleros y talleres de maquinaria y calderería), y había lanzado su mirada más allá, de las tres semanas siguientes, con toda la impaciencia que su carácter le permitía. Sin embargo, tenía la sensación de que las circunstancias exigían su plena atención y que no era admisible tomarlas a la ligera. Sentirse transportado a regiones donde no había respirado jamás y donde, como ya sabía, reinaban condiciones de vida absolutamente inusuales, peculiarmente sobrias y frugales, comenzó a agitarle, produciendo en él cierta inquietud. La patria y el orden habían quedado no sólo muy lejos, sino que básicamente se encontraban a muchas toesas debajo de él, y el ascenso continuaba, agrandando el abismo cada vez más. En el aire, entre esas cosas y lo desconocido se preguntaba lo que sería de él allá arriba. ¿No sería imprudente y mal-sano que él, que había nacido y estaba habituado a respirar a tan sólo unos metros sobre el nivel del mar, se dejara llevar a esas regiones extremas sin pasar al menos unos pocos días en un lugar intermedio? Deseaba llegar, pues pensaba que, una vez arriba, se viviría como en todas partes y nada le recordaría, como ahora en aquella atroz subida, en qué esferas impropias se encontraba. Miró por la ventanilla. El tren serpenteaba sinuoso por un estrecho desfiladero; se veían los primeros vagones, y la máquina, que de tan duro esfuerzo vomitaba masas oscuras de humo, verdes y negras, que se llevaba el viento. A la derecha, el agua murmuraba en las profundidades; a la izquierda, entre bloques de rocas, oscuros abetos se dibujaban contra un cielo gris pétreo. Después venían varios túneles negros como pozos y, al hacerse de nuevo la luz, se abrie-

ron profundísimos abismos con pequeñas aldeas en el fondo. Volvían a cerrarse y aparecían nuevos desfiladeros con restos de nieve en sus grietas y hendiduras. Se detuvieron ante pequeñas y miserables casetas de estación, en terminales que el tren abandonaba en sentido inverso, lo cual producía una enorme confusión, pues ya no era posible saber en qué dirección se iba ni recordar los puntos cardinales. Surgían grandiosas perspectivas del universo de picos y cordilleras de la alta montaña que allí se alzaba y se desplegaba, sagrado y fantasmagórico; y, ante la mirada de veneración del viajero que se acercaba y adentraba en él, se abrían y volvían a perderse tras un recodo del camino. Hans Castorp se dijo que, si no se equivocaba, debía de haber dejado atrás la zona de los árboles frondosos, y también la de los pájaros cantores; y esta idea de final, de empobrecimiento, hizo que, presa de un ligero vértigo y mareo, se cubriese la cara con las manos durante dos segundos. Enseguida se le pasó. Comprendió que la subida había terminado, y que habían superado el desfiladero. En medio de un valle, el tren rodaba ahora más fácilmente.

Eran aproximadamente las ocho; aún había luz. En la lejanía del paisaje apareció un lago: el agua era gris y los negros y espesos bosques de abetos bordeaban sus orillas y se extendían por las laderas de las montañas, esparciéndose, perdiéndose paulatinamente y dejando tras ellos una masa rocosa y desnuda cubierta de bruma. Se detuvieron cerca de una pequeña estación; era el pueblo de Davos, según oyó Hans que se anunciaba. Faltaba muy poco para llegar al final de su viaje. De pronto, oyó junto a él el campechano acento de Hamburgo, la voz de su primo Joachim Ziemssen que decía:

—¡Muy buenas! ¿No vas a bajar?

Y al mirar por la ventanilla, vio en el andén a Joachim en persona, con un capote oscuro, sin sombrero y con un aspecto tan saludable como no lo había tenido nunca. Joachim se echó a reír y dijo:

—¡Baja de una vez! ¡No seas tímido!

—¡Pero si aún no he llegado! —exclamó Hans Castorp, perplejo y sin moverse de su asiento.

—Claro que has llegado. Éste es el pueblo de Davos. El sanatorio está más cerca desde aquí. He traído un coche. Anda, dame tus cosas.

Y, riendo, confuso por la agitación de la llegada y por volver a ver a su primo, Hans Castorp le tendió por la ventana su bolso de viaje y su abrigo de invierno, su manta de viaje junto con el bastón y el paraguas, y finalmente también el *Ocean Steamships*. Luego atravesó corriendo el estrecho pasillo y saltó al andén para saludar propiamente a su primo, o —por así decirlo— saludarlo en directo; sin excesos, como era habitual entre personas de costumbres frías y bruscas. Aunque parezca extraño, siempre habían evitado llamarse por sus nombres por mero temor a una excesiva cordialidad. Como tampoco era adecuado llamarse por sus apellidos, se limitaban al «tú». Era una costumbre establecida entre primos.

Un hombre de librea y gorra con galones observaba cómo se estrechaban la mano repetidamente —el joven Ziemssen en una postura militar— un poco cohibidos; luego se aproximó para pedir el talón del equipaje de Hans Castorp, pues era el conserje del Sanatorio Internacional Berghof y se mostró dispuesto a ir a recoger la maleta grande del visitante a la estación de Davos Platz, ya que los señores irían en el coche directamente a cenar. Como el hombre cojeaba visiblemente, lo primero que Hans preguntó a Joachim fue:

—¿Es un veterano de guerra? ¿Por qué cojea de ese modo?

—¡Ésa sí que es buena! —contestó Joachim con cierta amargura—. ¡Veterano de guerra! Está mal de la rodilla, o mejor dicho estaba, porque le extirparon la rótula.

Hans Castorp reaccionó lo más deprisa que pudo.

—¡Ah, es eso! —exclamó alzando la cabeza y volviéndose disimuladamente mientras andaba—. ¡No pretenderás hacerme creer que también tú sigues mal! ¡Cualquiera diría que

aún llevas la espada puesta y acabas de regresar del campo de maniobras! —Y miró de reojo a su primo.

Joachim era más ancho y alto que él; un modelo de fuerza juvenil que parecía hecho para el uniforme. Era uno de esos tipos muy morenos que su rubia patria también produce no pocas veces, y su piel, oscura de por sí, había adquirido por el aire y el sol un color casi bronceado. Con sus grandes ojos negros y el pequeño bigote sobre unos labios carnosos y bien perfilados, se hubiera dicho que era realmente guapo de no tener las orejas de soplillo. Esas orejas habían sido su única preocupación, el único gran dolor de su vida, hasta cierto momento. Ahora tenía otros problemas. Hans Castorp siguió hablando:

—Supongo que regresarás conmigo enseguida. No veo ningún impedimento.

—¿Regresar contigo enseguida? —preguntó el primo, y volvió hacia Castorp sus grandes ojos, que siempre habían sido dulces pero que durante los últimos cinco meses habían adquirido una expresión cansina, casi triste—. ¿Qué quieres decir con enseguida?

—Pues dentro de tres semanas.

—¡Ah, crees que vas a volver a casa enseguida! —contestó Joachim—. Espera un poco, acabas de llegar. Tres semanas no son prácticamente nada para nosotros, los de aquí arriba; claro que para ti, que estás de visita y sólo vas a quedarte tres semanas, son mucho tiempo. Comienza, pues, por aclimatarte; no es tan fácil, ya te darás cuenta. Además, el clima no es lo único peculiar entre nosotros. Verás cosas nuevas de todas clases, ¿sabes? Respecto a lo que dices sobre mí, no voy tan deprisa; lo de «regreso dentro de tres semanas» es una idea de allá abajo. Es verdad que estoy moreno, pero se debe a la reverberación del sol en la nieve, y esto no significa nada, como Behrens siempre dice. En la última revisión me anunció que como poco tenía para unos seis meses.

—¿Seis meses? ¡Estás loco! —exclamó Hans Castorp.

Acababan de subir al coche amarillo que les esperaba en una plaza pedregosa delante de la estación, que era poco más que un cobertizo, y mientras los dos caballos bayos comenzaban a tirar, Hans Castorp, indignado, se agitaba sobre el duro cojín del asiento.

—¿Seis meses? ¡Si ya llevas aquí casi seis meses! Nadie dispone de tanto tiempo...

—¡Oh, el tiempo! —exclamó Joachim, y movió la cabeza de arriba abajo varias veces, sin preocuparse de la sincera indignación de su primo—. No puedes ni imaginar cómo abusan aquí del tiempo de los hombres. Tres meses son para ellos como un día. Ya lo verás. Ya te darás cuenta. —Y añadió—: Aquí le cambia a uno el concepto de las cosas.

Hans Castorp no dejaba de mirarle de reojo.

—¡Pero si te has recuperado de un modo magnífico! —dijo, meneando la cabeza.

—¿Sí? ¿Eso crees? —respondió Joachim—. ¿A que sí? Yo también lo creo —añadió, y se incorporó en el asiento, aunque enseguida volvió a relajarse hacia un lado—. Es verdad que me siento mejor —explicó—, pero a pesar de todo, no estoy completamente bien. Aquí arriba, a la izquierda, donde antes se oía una especie de estertor, ahora sólo suena una especie de soplo ronco; eso no es nada grave, pero en la parte inferior el soplo es aún muy fuerte, y en el segundo espacio intercostal también se oyen ruidos.

—¡Estás hecho un erudito en la materia! —dijo Hans Castorp.

—Sí, y bien sabe Dios que el saber no ocupa lugar; aunque ya me gustaría haberlo olvidado volviendo al servicio activo —contestó Joachim—. Pero todavía expectoro —añadió, y encogiéndose de hombros con gesto dejado a la vez que brusco, mostró a su primo un objeto que sacó a medias del bolsillo interior de su abrigo y que se apresuró a guardar de inmediato: era una botellita plana de cantos redondeados de cristal azul con tapón de metal.

—La mayoría de nosotros, los de aquí arriba, lo tomamos —dijo—. Incluso lo llamamos por un nombre especial, una especie de apodo, bastante acertado, por cierto. ¿Vas viendo el paisaje?

Era lo que Hans Castorp hacía y afirmó:

—¡Grandioso!

—¿Te parece? —preguntó Joachim.

Habían seguido un trecho del camino labrado de manera irregular que transcurría en paralelo a la vía del tren, en dirección al valle; luego habían girado a la izquierda y cruzado la estrecha vía, atravesando un curso de agua, y ahora traqueteaban por un camino en ligera pendiente hacia las laderas boscosas de la montaña; hacia el lugar donde, en una meseta ligeramente saliente y cubierta de hierba, en un edificio alargado con la fachada principal orientada hacia el sudoeste y una torre en forma de cúpula, el cual, de tantos balcones como tenía, de lejos parecía agujereado y poroso como una esponja, acababan de encenderse las primeras luces. Anochecía rápidamente. El suave manto rojizo del crepúsculo, que por un momento había dado vida al cielo cubierto, había palidecido de nuevo, y en la naturaleza reinaba ese estado de transición descolorido, inanimado y triste, que precede directamente a la entrada definitiva de la noche. En el valle habitado, muy extendido y un tanto serpenteante, se encendían luces por todas partes, tanto en el fondo como aquí y allá en ambas laderas, sobre todo en la de la derecha, que se ensanchaba y sobre la cual se veían diversas construcciones formando bancales. A la izquierda algunos senderos subían a través de los prados y se perdían en la oscuridad musgosa de los bosques de coníferas. El decorado de las montañas más lejanas, al fondo, en la salida del valle, a partir de donde éste se estrechaba, era de un azul sobrio, de pizarra. Como se había levantado el viento, se empezó a sentir el fresco de la noche.

—No, francamente no me parece que esto sea tan formidable —dijo Hans Castorp—. ¿Dónde están los glaciares, las ci-

mas blancas y los imponentes gigantes de la montaña? Me parece que, después de todo, estas montañas no son muy altas.

—Sí lo son —contestó Joachim—. En casi todas partes, se ve el límite de los árboles; se perfila con una nitidez sorprendente; donde se acaban los abetos, se acaba todo; tras ellos no hay nada, pura roca, como ves. Al otro lado, a la derecha del Schwarzhorn, ese pico de ahí, se distingue incluso un glaciar. ¿Ves el color azul? No es muy grande, pero es un glaciar auténtico, el glaciar de la Scaletta. El Pic Michel y el Tinzenhorn, en aquella grieta (no puedes verlos desde aquí), permanecen todo el año cubiertos de nieve.

—Nieves perpetuas —dijo Hans Castorp.

—Sí, perpetuas, si quieres. Sin duda, todo esto está a gran altura, y nosotros mismos nos hallamos a una altura espantosa. Nada menos que mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. En estos niveles, las alturas de las montañas ya no se perciben.

—Desde luego. ¡Menuda subida! Tenía el corazón en un puño, te lo aseguro. ¡Mil seiscientos metros! Son casi cinco mil pies, echando el cálculo. En mi vida había estado tan arriba.

Invadido por la curiosidad, Hans Castorp aspiró una larga bocanada de ese aire desconocido para probarlo. Era fresco... nada más. Carecía de aroma, de sustancia y de humedad; se respiraba fácilmente y no le decía nada al alma.

—¡Magnífico! —exclamó cortésmente.

—Sí, este aire tiene buena reputación. Por otra parte, el paisaje no presenta esta noche su mejor cara. A veces tiene mejor aspecto, sobre todo cubierto de nieve. Pero uno acaba por cansarse de verlo. Todos nosotros, los de aquí arriba, estamos indeciblemente cansados, puedes creerme —dijo Joachim, y su boca se contrajo en una mueca de asco que parecía exagerada y mal contenida y nuevamente le afeaba.

—Hablas de una forma muy peculiar —dijo Hans Castorp.

—¿Peculiar? —preguntó Joachim con cierta inquietud volviéndose hacia su primo.

—No, no, perdóname; sólo me ha dado esa impresión por un momento —se apresuró a decir Hans Castorp.

Había querido referirse a la expresión «nosotros, los de aquí arriba», que Joachim había empleado cuatro o cinco veces y que, por su manera de decirla, de algún modo le parecía angustiosa y extraña.

—Nuestro sanatorio está todavía a más altura que la aldea. Mira —continuó diciendo Joachim—. Cincuenta metros. El prospecto asegura que hay cien, pero no son más que cincuenta. El sanatorio más elevado es el de Schatzalp, al otro lado. Desde aquí no se ve. En invierno tienen que bajar sus cadáveres en trineo porque los caminos no son practicables.

—¿Sus cadáveres? ¡Pero...! ¡Qué me dices! —exclamó Hans Castorp.

Y, de pronto, se echó a reír, con una risa violenta e incontinente que sacudió su pecho y desencajó su rostro, un tanto reseco por el viento frío, en una calladamente dolorosa mueca grotesca.

—¡En trineo! ¿Y me lo dices así, tan tranquilo? ¡En estos cinco meses te has vuelto un cínico!

—No hay nada de cinismo —replicó Joachim encogiéndose de hombros—. ¿Por qué? A los cadáveres no les importa... Por otra parte, es muy posible que uno se vuelva cínico aquí arriba. El mismo Behrens también es un viejo cínico, y un tipo famoso, dicho sea de paso; antiguo miembro de una hermandad estudiantil y cirujano notable, según parece; te caerá bien. Después tenemos a Krokovski, su ayudante, un espécimen muy temido. En el prospecto se hace especial hincapié en su actividad. Practica la disección psíquica con los enfermos.

—¿Qué? ¿Disección psíquica? ¡Eso es repugnante! —exclamó Hans Castorp, y ahí ya la risa se apoderó de él por completo.

No podía contenerla; después de todo lo que había oído, lo de la disección psíquica fue la gota que colmó el vaso, y

reía tan fuerte que las lágrimas le resbalaban por la mano con que se cubría los ojos, inclinado hacia delante. Joachim también reía a gusto —parecía sentarle bien—, y así fue que los dos jóvenes descendieron de excelente humor del coche que, al final, muy despacio, por un empinado y serpenteante camino de entrada les había conducido hasta la puerta del Sanatorio Internacional Berghof.

LA NÚMERO TREINTA Y CUATRO

Nada más entrar, a la derecha, entre el portón de entrada y la puerta cortavientos, se encontraba la garita del portero, y de allí, vestido con la misma librea gris que el hombre cojo de la estación, salió a su encuentro un criado con aire francés que, hasta ese momento, había estado leyendo periódicos sentado junto al teléfono; y los acompañó a través del vestíbulo bien alumbrado, a la izquierda del cual se encontraban los salones. Al pasar, Hans Castorp lanzó una mirada y vio que estaban vacíos.

—¿Dónde están los huéspedes? —preguntó a su primo.

—Hacen la cura de reposo —respondió éste—. Hoy me han dado permiso para salir, pues quería ir a recibirte. Normalmente también me echo un rato en la terraza después de cenar.

Faltó poco para que la risa se apoderara de nuevo de Hans Castorp.

—¡Cómo! ¿En plena noche os tumbáis en la terraza? —preguntó con voz titubeante.

—Sí, así nos lo ordenan. De ocho a diez. Pero ahora ven a ver tu cuarto y a lavarte las manos.

Entraron en el ascensor, cuyo mecanismo eléctrico accionó el criado francés. Mientras subían, Hans Castorp se enjugaba los ojos.

—Estoy roto y agotado de tanto reír —dijo respirando por la boca—. ¡Me has contado tantos disparates! Tu historia de la